

El abandono de la palabra

Roberto Sánchez Benítez*

*Cuando en la polis las palabras están llenas
de salvajismo y de mentira,
nada más resonante que el poema no escrito.*
George Steiner



George Steiner (1929-2019) ha sido uno de los críticos literarios y culturales más influyentes de la segunda mitad del siglo XX. Se encuentra al lado de figuras como Harold

Bloom o Edmund Wilson, igualmente conocedores profundos, aclamados, de la literatura universal. Triunfador absoluto en Yale, Harvard, Oxford, Princeton, imbatible crítico de *The Economist* y *The New Yorker*, Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades (2001), escribió alrededor de una cuarentena de libros dedicados a explorar las obras más esenciales de la literatura universal, la filosofía, las ciencias y las circunstancias de una modernidad que pareciera haber olvidado la formación humanista que se desprende de las mismas. Imposible

comentar todas las problemáticas, matices, análisis eruditos, que fue capaz de desarrollar con un estilo ensayístico digno de la mejor prosa contemporánea. Aludiremos brevemente a una temática que ya incluye en sus primeros ensayos de los años 1960 –recogidos en el libro *Lenguaje y silencio*, 1976– y a la que vuelve sintomáticamente en una de sus últimas producciones, *La poesía del pensamiento* (2011). Se trata de los límites a los que se ha enfrentado la palabra literaria, los cuales se vuelven extensivos a los del lenguaje y sus relaciones con el pensamiento.

En cuatro circunstancias, «modalidades de afirmación», admirablemente, Steiner entendió, en efecto, y desde muy temprano en sus análisis, el riesgo que la palabra literaria podría enfrentar al «enmudecer», ser superada, o desplazada, enfrentada a su silencio y lo innombrable, según el caso, por algo inquietante frente a lo que

Fecha de
recepción:

2020-10-15

Fecha de
aceptación:

2020-10-29

DO
SSI
ER

* Docente investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad Juárez.

poco podría hacer. Alertó, documentó, argumentó de manera erudita, con una capacidad memorística que sólo podría haber rivalizado con la de Borges –si no es porque el autor argentino centuplicaba las literaturas que abordaba–, la pérdida de la densidad, profundidad, frugalidad de la palabra. El diagnóstico fue, desde entonces, que “el mundo de la palabra se ha encogido”. Habría muchas cosas de las que no se podría hablar ahora y sobre las que wittgenstaniamente sería mejor callar, no por impotencia, sino por incompetencia de las categorías y nociones al alcance de un lenguaje que se ha reducido a ser un mero instrumento de comunicación, por ejemplo, debilitando el elemento en el que el pensamiento articula su acontecer. Y es que

es decisivo que el lenguaje tenga sus fronteras, que colinde con otras tres modalidades de afirmación –la luz, la música, el silencio– que dan prueba de una presencia trascendente en la fábrica del universo. Por no poder ir más lejos, porque el habla nos defrauda tan maravillosamente, experimentamos la certidumbre de un significado divino que nos supera y nos envuelve.¹

Un primer movimiento de «retiro» de la palabra es producto de la matematización del conocimiento y el desarrollo y formalización de los lenguajes científicos. A ello se encontra-

ría vinculada la filosofía moderna –la pulcritud y ordenamiento, sencillez y argumentación económica de un Descartes, o el hechizo especular de Spinoza por el *more geométrico*: escribir una obra de ética siguiendo el modelo de los *Elementos* de Euclides–, por ejemplo, frente a la exuberancia de la palabra en la filosofía medieval y clásica. En las obras modernas, “El lenguaje no aparece ya como un camino hacia la verdad demostrable, sino como una espiral o una galería de espejos que hace volver al intelecto a su punto de partida”.² Frente al dominio del sentido pragmático del lenguaje, ha quedado el ejemplo del escritor o pensador del pasado, para el cual las palabras eran un gran tesoro “cuyas puertas se habían abierto de improviso y lo saqueaban con la sensación de que era infinito”.

La segunda lo representa curiosamente la luz del místico, ahí donde el lenguaje no sabe ni siquiera balbucear para narrar lo que está aconteciendo con el encuentro con la verdad sublime. Aquí, las referencias que realiza Steiner a San Juan de la Cruz y Dante son extraordinarias, concediendo igualmente la razón a Wittgenstein en el sentido de que existen cosas que se hacen manifiestas por sí mismas. “They are what is mystical”.³ Esto es lo que pasa con Dante: “Con cada ascenso, de una a otra esfera radiante, el lenguaje de Dante se somete a

¹ George Steiner, “El silencio y el poeta” (1961), *Lenguaje y silencio*. Gedisa, Barcelona, 2003, p. 53.

² G. Steiner, “El abandono de la palabra”, *op. cit.*, p. 37.

³ Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*. Side-by-Side-by-Side Edition, versión 0.58, 2020, proposición 6.522 [En línea]: <http://people.umass.edu/klement/tlp/> [Consulta: 25 de agosto, 2020].

un acoso más intenso y más exacto de la visión; la revelación divina arrastra al idioma humano cada vez más por fuera de los límites del uso cotidiano, indiferenciado”. Frente a la luz «ciega» de la revelación divina “las palabras son cada vez menos adecuadas para traducir la revelación inmediata. La luz pasa al idioma de forma decreciente, en lugar de hacer que la sintaxis sea más traslúcida, parece desparramarse en un resplandor irrecapturable o convertir en ceniza las palabras”⁴.

La tercera circunstancia tendría que ser achacada a los experimentos literarios, como los llevados a cabo por Rimbaud, Mallarmé, Lautré- mont, Huidobro, ahí donde queriendo hacer de la poesía un lenguaje privado encriptado, sintaxis singular, irregular e intransferible, se da paso a la apreciación de la musicalidad del lenguaje, y a un inevitable alejamiento del lector: “Cuando la poesía trata de disociarse de los imperativos del significado claro y del uso común de la sintaxis, tiende a un ideal de forma musical. Esta tendencia desempeña un papel fascinante en la literatura moderna. Es vieja la idea de dar a las palabras y a la prosodia valores equivalentes a los de la música”.⁵ A ello ha contribuido la jerarquización de las artes que, desde el siglo XVIII, Kant y Hegel hicieron, situando a la música en el pináculo, siendo la más espiritual de todas ellas: inmaterial, instantánea, invisible, de-

sañando el privilegio óptico del mirar, correspondiendo al «llamado», a la voz divina que ordena ser, al aliento de la vida. Señala Steiner “el sonido musical, y en menor medida la obra de arte y su reproducción, empiezan a ocupar en la sociedad culta un lugar que antes estaba firmemente sostenido por la palabra”. Fue el romanticismo alemán tardío –Tieck, Novalis, Wackenroder, E.T.A. Hoffmann– que alentó esta aspiración de la poesía hacia la música, “la sumisión de la palabra al ideal musical”, mientras que Wagner es el gran ejemplo mencionado por Steiner. La fuerza de su tesis es apabullante:

Desde Hoffmann hasta el Adrian Leverkühn de Mann el artista es, arquetípicamente, un músico; pues en la música, mucho más que en la palabra o en las artes plásticas, es donde las convenciones estéticas se acercan más al origen de la energía creadora pura, donde más de cerca se tocan sus raíces en el inconsciente y en el centro fáustico de la vida misma.⁶

De cualquier manera, Steiner observa que la misma literatura se ha defendido frente al acoso de los esquematismos y las simplificaciones literales en los notables ejemplos de James Joyce o William Faulkner, que tanta influencia tuvieron en el boom latinoamericano, *ergo*, habría que sumar esas grandes obras literarias fren-

⁴ G. Steiner, "El silencio...", *op.cit.*, p. 58.

⁵ G. Steiner, "El abandono...", *op.cit.*, p. 45.


⁶ G. Steiner, "El silencio...", *op.cit.*, p. 61.

te a dicho adelgazamiento: el río verbal incontenible de Carlos Fuentes, García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Elena Garro, María Luisa Bombal.

El cuarto abandono de la palabra se da por el desplazamiento que sufre frente a la comunicación de masas y el lenguaje esquemático del periodismo –a lo que se suman las redes sociales, cuya comunicación requiere de palabras medidas o abreviaturas de las mismas–, con serias implicaciones políticas. El requisito de la comunicación –que ha corrido paralelo a las democracias realmente existentes– es el uso de un lenguaje empobrecido o «corrupto». Este lenguaje ha sido amputado de sus raíces emocionales, sentimentales, morales; el mismo que ha sido articulado por los totalitarismos.

Para finalizar, diremos que en *La poesía del pensamiento*, Steiner recupera uno de sus grandes temas, los “choques, las complicidades, las interpenetraciones y amalgamas entre filosofía y literatura”⁷ con vistas a formular, al igual que Heidegger, María Zambrano y otros, la alternativa de un pensamiento más afín a los logros poéticos, quizá como una forma en que ambas “formas de hablar sublimes”, como alguna vez las identificara Eduardo Nicol, pudieran salvarse ante el nihilismo y la “decaencia de Occidente”. Al ser productos del lenguaje, ambas actividades se encuentran limitadas por el estilo. De ahí que sea lo indecible lo que las circuns-

cribe, a fin de cuentas. Solo una versión «poslingüística» o «posverbal» podría devolverles un sentido comunitario, a manera de *happening* o intervención, permitiéndoles una interacción con otras artes en un despliegue desafiante ante el predominio de los medios virtuales de la alta tecnología. Devolverlas a una literalidad interactiva.

Poco antes de morir, confesó que le había faltado “valor para crear”.⁸ No hizo falta, ya que hizo de la crítica una labor creativa, tal como lo entendieron muchos de los escritores a los que amó y estudió como pocos. Fue el celoso amante de la mejor literatura universal, su protector y conocedor profundo. Es muy probable que se haya llevado al silencio muchos de los secretos que no pudo contar, fiel a alguna de las tesis que hemos mencionado. 

⁷ George Steiner, *The Poetry of Thought. From Hellenism to Celan*. A New Directions Book, New York, 2011, p. 213.

⁸ Nuncio Ordine, “La entrevista póstuma de George Steiner: ‘Me faltó valor para crear’”. *El País*, Madrid (5 de febrero, 2020) [En línea]: https://elpais.com/cultura/2020/02/04/actualidad/1580845337_200341.html